

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SACERDOTES EN LAS CÁRCELES
Y GULAGS COMUNISTAS**

S. MILLÁN – 2021

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Los gulags soviéticos.

Solzhenitsyn.

En las cárceles.

Padre Antón Luli.

Madre Briega McKenna.

Pietro Alagiani.

1.- Jesús compañero inseparable.

2.- La Eucaristía.

3.- Liberación.

Walter Cizek.

a) Sus sufrimientos.

b) Trabajos forzados.

c) Apostolados.

d) La misa.

e) Retiros espirituales.

f) A punto de morir.

g) La liberación.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este libro vamos dar algunas pinceladas sencillas sobre la vida de algunos sacerdotes en las cárceles y gulags comunistas. Así podremos comprender hasta dónde llega la locura de quienes no creen en Dios y para ellos lo único que cuenta es el poder y la gloria humanas.

No vamos a presentar las hambrunas provocadas por Stalin ni Mao Tse Tung o de otros líderes comunistas en distintos países, ni siquiera vamos profundizar en el tema de los millones de asesinatos producidos por los regímenes ateos comunistas, deseamos exponer de modo sencillo los sufrimientos a que fueron sometidos muchos sacerdotes en las cárceles y gulags. Así nos daremos cuenta de lo que tuvieron que soportar por defender su fe y cómo en todos los casos la Eucaristía fue la fuente de su fortaleza espiritual.

Por supuesto que no todos podían celebrar misa todos los días. Muchos no la pudieron celebrar durante años, pero, a falta de pan y vino para celebrar una verdadera misa, se contentaban con orar para que no les faltara la fuerza de Dios, y, ansiando la celebración de la misa y la comunión, celebraban la misa a secas, es decir, sin pan o sin vino.

A veces Dios se les manifestaba de modo extraordinario para animarlos a seguir ofreciendo sus dolores a Jesús por la salvación del mundo y en especial de sus compañeros de infortunio y por los guardias torturadores. Para ellos fue importante no guardar odio en su corazón, ya que el odio y el rencor destruyen a la persona por dentro. En cambio, cuando se sabe perdonar, puede uno vivir en paz con Dios y con los demás.

Su vida fue una fuente de bendiciones para todos y ellos, como mártires de Cristo, tendrán un lugar privilegiado en el cielo.

LOS GULAGS SOVIÉTICOS

En los gulags soviéticos la deshumanización comenzaba en el momento del arresto. Los prisioneros eran despojados de su ropa y de su identidad y se les negaba todo contacto externo, se los torturaba e interrogaba y eran sometidos a un juicio absurdo en el caso de que fueran juzgados. Entre los gulags había mucha variedad, algunos eran letales como las minas de oro de la región de Kolimá en Rusia. El principal propósito de los gulags era económico para hacer trabajos al Estado, pero eran tratados como ganado. Los guardias los trasladaban a su antojo, alimentaban como querían, privándolos de la comida si no trabajaban y no eran útiles al sistema. En términos marxistas estaban explotados, cosificados y mercantilizados. A menos que fueran productivos, sus vidas no tenían valor para el Estado. En algunos trabajos la muerte estaba garantizada, por ejemplo para los que talaban árboles en el bosque durante el invierno o trabajaban en las minas de oro como en Kolimá. A algunos se los confinaba en las celdas de castigo hasta que morían de frío o inanición, sin acceso a una atención médica en hospitales, sin calefacción o simplemente se les disparaba arbitrariamente, diciendo que habían intentado huir ¹.

Inna Shijeeva declaró sobre su estancia en la cárcel Lubianka de Moscú: *Aquí en la Lubianka ya no eres una persona. A tu alrededor no hay personas. Ellos te llevan por el corredor, te fotografían, te desnudan, te registran mecánicamente. Todo se efectúa de un modo del todo impersonal. Buscas una mirada humana, no digo una voz humana, solo una mirada, pero no la encuentras. Estás confundida frente al fotógrafo, procuras arreglarte la ropa de algún modo y con el dedo se te indica dónde sentarte. Una voz inexpresiva dice: de frente, de perfil. No te ven como un ser humano. Te has convertido en un objeto* ².

Janusz Bardach recuerda la reacción de los ciudadanos en Petropavlovsk al vernos a nosotros, condenados a trabajos forzados: La mayoría de los viandantes eran mujeres envueltas en chales y gruesos abrigos de fieltro. Para mi asombro, comenzaron a gritar a los guardias: Fascistas, asesinos. ¿Por qué no vais a pelear al frente? Comenzaron a tirarles bolas de nieve. Ellos lanzaron varios disparos al aire y las mujeres retrocedieron unos pasos, pero continuaron maldiciendo y siguiéndonos. Arrojaban a la columna paquetes, hogazas de pan, patatas y tocino, envueltos en tela. Una mujer se quitó el chal y el abrigo y se los dio a un hombre que no tenía nada. Yo recogí un par de mitones de lana ³.

¹ Applebaum Anne, *Gulag*, Ed. Debate, Barcelona, 2018, p. 48.

² Ib. p. 164.

³ Ib. p. 189.

En una investigación de 1940 se señalaba que la situación en los campos de concentración eran indignas: Los piojos en los barracones junto con los chinches tenían un impacto negativo en la posibilidad de descansar de los reclusos. En el campo penal de trabajo de Novosibirsk había un cien por cien de infección de piojos entre los prisioneros. Debido a las deficientes condiciones sanitarias, había un índice elevado de enfermedades de la piel y dolencias estomacales... Mientras tanto se habían producido dos brotes de tifus en otro campo. Los prisioneros estaban negros de mugre. Las quejas por los piojos y las airadas órdenes dadas para que se los eliminara, figuraban año tras año en los informes de inspección remitidos a los fiscales del gulag ⁴.

Había celdas de castigo, porque algunos no trabajaban lo suficiente. A ellos se les daba una cantidad reducida de alimentos. Se trataba de amedrentar a los presos por rehusar trabajar y castigar a los que habían sido sorprendidos cometiendo algún delito en el campo, quizás un robo o un intento de fuga. Estas celdas de castigo estaban llenas de ladrones profesionales, quienes probablemente también eran asesinos o fugitivos. También había renegados crónicos. La celda de castigo era una alternativa para algunos que preferían no trabajar y pasar unos cuantos días sentados en esa celda con pequeña ración de comida, sufriendo el frío y la incomodidad, pero sin agotarse en los bosques ⁵. Para la mayoría de los prisioneros lo más desagradable del régimen de castigo no era la dureza física, la poca comida, sino los tormentos adicionales debidos al capricho de la dirección local. Janusz Bardach fue enviado a la celda de castigo con el suelo cubierto de agua y las paredes húmedas y mohosas. Y dice: *Temblaba y tenía los hombros contraídos y rígidos. La madera empapada estaba pudriéndose sobre todo en los bordes del banco, que era tan estrecho que no podía tenderme de espaldas, y, cuando me ponía de costado, mis piernas colgaban. Era difícil decidir de qué lado tumbarme, por un lado la cara tropezaba con la pared mohosa y por el otro la espalda se me humedecía* ⁶.

Cuando llegaba Navidad, algunos presos tenían fe y querían celebrarla de alguna manera. Yuri Zorin, prisionero ruso, recuerda con sorpresa el acierto con que los lituanos de su campo habían organizado la celebración navideña, una festividad que comenzaban a preparar con un año de antelación. Kazimierz Zarod estuvo entre los polacos que celebraron la Nochebuena de 1940 en un campo de trabajo con la guía de un sacerdote, que iba calladamente diciendo misa en cada barracón del campo esa noche. Sin la ayuda de la Biblia o un devocionario comenzó a decir las palabras de la misa en latín, pronunciado en un murmullo apenas audible y respondido en voz tan baja que era como un suspiro. Las

⁴ Ib. p. 224.

⁵ Ib. pp. 260-261.

⁶ Ib. pp. 260-262.

palabras nos redimían y la atmósfera de la cabaña, vueltos hacia el sacerdote, se suavizaban y distendían mientras que los hombres se esforzaban por escuchar el murmullo apenas perceptible ⁷.

Desde 1929, cuando empezaron a crecer los gulags en Rusia hasta 1953, cuando murió Stalin, las estimaciones más precisas indican que unos 18 millones de personas pasaron por los gulags. Cerca de seis millones fueron enviadas al exilio, deportadas a los desiertos de Kasaj o a los bosques de Siberia. Legalmente obligados a permanecer en los pueblos del destierro, eran trabajadores forzados, aunque no vivieran dentro de unas alambradas⁸. En el invierno de 1941-1942 una cuarta parte de la población de los gulags murió de inanición y es probable que un millón de habitantes de Leningrado podría haber muerto de hambre, atrapada por el bloqueo alemán.

SOLZHENITSYN

El gran escritor del famoso libro Archipiélago Gulag refiere que un día le ordenaron presentarse ante un tribunal. Le acusaron de que habían leído en su correspondencia que criticaba algunas cosas del gobierno comunista y fue encarcelado. Lo llevaron a Moscú y lo encerraron en la famosa cárcel *Lubianka*. Así entró a formar parte de los esclavos de Stalin. Allí en esa y en otras sucesivas cárceles aprendió a oír las terribles historias de sus compañeros presos. Todo lo cual le ayudó más tarde para poder expresar en sus libros el terror del comunismo vivo. Lo condenaron a 8 años de cárcel, parte de los cuales los pasó en campos de trabajo forzados, donde sintió todo el aplastante peso de sus limitaciones físicas.

En uno de los trabajos debía excavar con sus compañeros pozos de arcilla y dice: *El pozo de arcilla estaba anegado por la lluvia y nosotros prácticamente estábamos pegados a él. Daba igual cuánta arcilla cargaras en la pala o lo mucho que la golpearas contra el costado del vagón, porque la arcilla no caía. Había que empujar la arcilla con la mano para que cayera. Entonces nos dimos cuenta de que estábamos trabajando el doble. Dejamos las palas a un lado y empezamos a recoger la arcilla que teníamos pegada a los pies para arrojarla al vagón* ⁹. Otro trabajo más suave fue en campos de trabajo con una jornada de diez horas. Dice que, después del trabajo y de haber soportado la lluvia o el frío o el calor y el dolor de espalda, era una felicidad poder estar tumbado durmiendo y recibiendo dos comidas calientes al día ¹⁰.

⁷ Ib. pp. 387-388.

⁸ Ib. p. 21.

⁹ Natalya Reshetovskaya, *My life with Aleksandr Solzhenitsyn*, Indianapolis, 1975, p. 194.

¹⁰ *The Gulag Archipelago*, vol 1 p. 601.

Uno de los peores destinos fue el campo de trabajo de Ekibastuz en las estepas del Kazakhstan en Asia central, donde tuvo que soportar el frío, famélicas raciones de comida, el pan empapado... La perspectiva de la muerte cercana era real. Nadie podía escaparse de ese campo. Tenía doble valla de alambre de púas entre las que merodeaban amenazadores perros. Una franja de tierra rodeaba el perímetro de la prisión para revelar las pisadas del que tratara de escapar, y puntiagudas estacas clavadas en el suelo en un ángulo, diseñadas para empalar a los posibles fugados.

Nos dice: *Recuperé una profunda conciencia de Dios y alcancé una penetrante comprensión de la vida. A partir de entonces me convertí en quien soy esencialmente ahora. Después casi todo ha sido evolución. No ha habido más giros abruptos en mi vida, ni otros cambios de orientación*¹¹. En una entrevista que le concedió a Georges Suffertj en 1976 le dijo: *Primero vino la lucha por la supervivencia, luego el descubrimiento de la vida, luego Dios*¹².

Por fin llegó el 13 de febrero de 1953, día de su liberación. Fue exilado de por vida a un lugar en medio camino entre Alma-Ata y Tashkent en Kazakhstán, llamado Bet-Pak-Dala y allí se estableció. Alquiló una choza que tenía una sola ventana, y el techo tan bajo que no podía estar de pie. El suelo era de tierra, pero consiguió dos cajas de madera que le sirvieron de cama. El 6 de marzo se enteró que había muerto Stalin, llamado por muchos *sabio padre del pueblo*.

Él, por su parte, consiguió permiso para poder ser contratado como profesor de matemáticas y física en la escuela local. Así tendría un ingreso para vivir. Tenía solo 34 años. Pero apareció el cáncer. Sufría insoportables dolores abdominales. Durante el día apenas podía mantenerse en pie ante la clase y de noche dormía muy poco. Apenas tenía apetito y se fue debilitando visiblemente. Acudió al médico y le diagnosticó cáncer. Tenía un tumor del tamaño de un puño.

Fue internado en el hospital y el 4 de enero de 1954 le dieron la primera sesión de radioterapia. En total fueron 55 veces. Su experiencia del cáncer la escribió de alguna manera en su novela *Pabellón de cáncer*. Respondió bien a la radioterapia y se recuperó, pero le dijeron que aún estaba en peligro. Al regresar a Bet-Pak, encontró una iglesia abierta y entró. No había entrado en una iglesia desde que, siendo niño, había asistido a una misa con su madre y le dio gracias a Dios por haber sobrevivido.

¹¹ Pearce Joseph, *Solzhenitsyn*, Ed. Ciudadelalibros, Madrid, 2007, p. 163.

¹² *Ibidem*.

Después de Stalin, hubo un poco más de libertad y el 20 de junio de 1956 pudo regresar en tren a Moscú. Allí conoció a muchos amigos y enemigos antiguos. En 1968 conoció a Alya, que estaba divorciada desde 1962 de su anterior esposo. Desde el principio ambos congeniaron y, después de un tiempo, se casaron. Tuvieron tres hijos, lo que dio una nueva dimensión a la vida de Solzhenitsyn. Además había podido publicar alguno de sus libros y en 1970 le concedieron el premio Nóbel de literatura. Decidió no acudir a Suecia por el premio; porque, si hacía un viaje al extranjero, lo más seguro era que las autoridades le impidieran regresar. Por ello envió su discurso de recepción del premio, y otro leyó por él.

También dirigió una carta abierta a Yuri Andropov, director de la KGB. Decía: *Durante años he soportado en silencio los desmanes de sus empleados, la inspección de mi correspondencia, la confiscación de la mitad de esta, el registro de los hogares de mis corresponsales, su persecución oficial y administrativa, el espionaje en torno a mi casa, el seguimiento de mis visitas, la grabación de conversaciones telefónicas, la perforación de agujeros en el techo, la instalación de grabadoras en mi apartamento de la ciudad y en mi casa de campo y la insistente campaña de difamación en mi contra, orquestada desde las tribunas de los oradores cuando son ofrecidas a empleados de su ministerio. Pero después del asalto de ayer, no pienso permanecer por más tiempo en silencio*¹³.

El 12 de febrero de 1974 fue arrestado en su casa de Moscú y conducido a prisión, acusado de traición. Fue desposeído de la ciudadanía soviética y al día siguiente fue expulsado de Rusia. Fue a Suiza y allí su esposa Alya organizó reuniones con sus amigos. Después de una estadía tranquila, en el verano de 1976, pidió permiso de residencia permanente en Estados Unidos. Le fue concedido y se estableció en un pueblecito pequeño y tranquilo en las afueras de Cavendish, en Vermont.

El 8 de junio de 1978, en un discurso de graduación en la universidad de Harvard, condenó al mundo occidental por hallarse en bancarrota moral. Les dijo: *Ya es hora de que Occidente defienda, no tanto los derechos humanos, sino también las obligaciones humanas. Mencionaba el abuso de la libertad para ejercer una violencia moral sobre los jóvenes a través de películas cargadas de pornografía, crímenes y horrores, que ilustraban la incapacidad de Occidente para defenderse contra la corrosión del mal*¹⁴.

¹³ Pearce Joseph, o.c., p. 264.

¹⁴ Pearce Joseph, o.c., p. 304.

El 10 de mayo de 1983 dio una conferencia en el *Guildhall* de Londres, publicada después en *The Times*, titulada *Carencia de Dios*, primer paso hacia el gulag. Dijo: *Hace más de medio siglo, cuando aún era un niño recuerdo haber escuchado a un grupo de personas mayores que daban la siguiente explicación de los desastres que habían caído sobre Rusia: Los hombres han olvidado a Dios y por eso ha sucedido todo esto. Desde entonces la Revolución rusa engulló a casi 60 millones de nuestra gente* ¹⁵.

Anotó que el odio a Dios es la principal fuerza impulsora del marxismo. Y concluyó diciendo: *Nuestra vida no consiste en la perspectiva del éxito material, sino en la búsqueda del crecimiento espiritual digno. Nuestra existencia terrenal no es más que un estadio transitorio en el avance hacia algo más grande. Las leyes materiales a solas no explican nuestra vida ni le dan sentido. Las leyes de la física y de la psicología jamás revelarán la indiscutible forma en que el Creador participa constantemente día a día en la vida de cada uno de nosotros, concediéndonos indefectiblemente la energía de la existencia. Cuando esa ayuda desaparece, morimos. El espíritu divino actúa con la misma fuerza en la vida del planeta entero. Debemos entender esto en el momento oscuro y terrible por el que pasamos* ¹⁶.

EN LAS CÁRCELES

El padre Gavril Belovejdiv de Bulgaria nos dice: *Teníamos que convivir con un montón de chinches, piojos y ratas. Las ratas llegaron a comerse la nariz y las orejas de algunos presos enfermos. Teníamos algunos caballos para trabajar. Cuando uno moría, lo enterrábamos. Por la noche algunos presos desenterraban el cadáver para comérselo. El clima era terrible: frío, húmedo y brumoso. No era fácil vivir allí. Hacía falta una gran resistencia, una sólida preparación cristiana y mucha fe para resistir todo aquello. Y cuenta que él sacaba fuerzas al celebrar cada día la misa clandestina. Su hermana Cristina le había hecho llegar un vaso y una cajita sólida. El vino se lo entregaba en una botellita con una etiqueta que decía: *Compota de cerezas*. Celebraba la misa en secreto en mitad de la noche. A las dos de la madrugada, en el barracón de los presos políticos, todos dormían o fingían hacerlo, porque en cuanto él se enderezaba en su litera varios sacerdotes lo imitaban. Celebraba la misa en su pecho, como leyó que hacía un misionero enfermo en África. Los demás sacerdotes seguían la misa en silencio y recibían un trozo de pan consagrado de manos del celebrante. Y él dice: *Aquellas misas eran nuestro único consuelo* ¹⁷.*

¹⁵ Ib. p. 319.

¹⁶ *The Times* del 11 de mayo de 1983.

¹⁷ Didier Rance, *La gran prueba*, Ed. Palabra, 2018, p. 79

El obispo Jan Korec de Eslovaquia relata: Conseguimos que nos enviaran pan y uvas. Con las uvas fabricábamos vino, dejando que se macerara en unos frasquitos de medicamentos. De vez en cuando, hacían registros, de modo que había que esconderlos muy bien. Lo que mejor funcionaba era hacer un agujero en el jardín de la cárcel y enterrar allí los frasquitos. Más tarde los recuperábamos. Solía celebrar misa en la celda, de espaldas o paseando por el jardín. Como no teníamos libros, celebraba de memoria. Echábamos mucho de menos los libros religiosos, pero si te encontraban uno en la celda, te castigaban severamente. Bastaban unas gotas de vino para la consagración y habíamos convenido una serie de gestos que permitían que los demás siguieran el desarrollo de la misa ¹⁸.

La hermana Jana Srutova de Chequia refiere que las religiosas que estaban presas en una cárcel soviética, cuando conseguían hostias consagradas para comulgar *las partíamos en un número inimaginable de trocitos para que durara lo más posible. Por supuesto que estaba prohibido y era difícil y peligroso. Nos vigilaban constantemente y había que llevar los trozos consigo y cuidar de ellos en todo momento, pero para nosotras aquel era un momento maravilloso. Lo más difícil era la ausencia de los sacramentos. Después de recibir la Eucaristía, todo era mucho más fácil* ¹⁹.

Muchos sacerdotes consiguieron celebrar misa en los campos y prisiones del gulag soviético, arriesgándose a morir, a ser maltratados o encerrados en las celdas de aislamiento. ¿Y cómo lo consiguieron teniendo en cuenta que el pan y, sobre todo, el vino estaban prohibidos?

PADRE ANTÓN LULI

Supe lo que era la libertad a los 81 años, cuando pude celebrar mi primera misa en público. Los años que pasé en prisión fueron terribles. Durante el primer mes, en la noche de Navidad, me obligaron a desnudarme. A continuación me colgaron de las vigas del techo con una cuerda debajo de las axilas, de manera que solo podía tocar el suelo con la punta de los pies. Hacía mucho frío. Empecé a sentir un escalofrío glacial que recorría mi cuerpo lentamente; era como morir poco a poco. Cuando el frío me llegó al pecho, empecé a gemir desesperadamente. Al oír mis gritos, mis verdugos empezaron a darme patadas sin piedad. Finalmente me descolgaron. Solían torturarme con descargas eléctricas, aplicándome electrodos en los oídos; se trataba de una experiencia

¹⁸ Ib. p. 152.

¹⁹ Ib. p. 210

terrorífica e indescriptible. Fue un milagro que saliera con vida. Bendigo a Dios por haberme concedido la gracia —a mí, que solo soy un pobre sacerdote— de haberle sido fiel durante toda mi vida que pasé, en su práctica totalidad, en la cárcel. Muchos de mis compañeros murieron mártires. Celebraba la misa solo, al amanecer, con unas hostias traídas en secreto, un sencillo vaso y un poco de vino que me daba el enfermero a escondidas.

Cuando salí de la cárcel, vi al final de la calle a uno de mis verdugos, que caminaba directamente hacia mí. Nada más verme, el hombre cambió de acera. Yo hice lo mismo. El hombre volvió a cambiar de acera. Yo también. Finalmente nos encontramos cara a cara. Decidí saludarle y darle un abrazo, como si nada hubiera ocurrido. A continuación le dije que le perdonaba. Él se quedó petrificado. En ningún momento hice referencia al pasado. El hombre me devolvió el saludo en silencio, con una sonrisa. Cuando estaba en la cárcel, decidí perdonar a todos mis torturadores, como manda el Evangelio. Muchas veces me acordaba de las palabras del Evangelio, que invitan a perdonar a los enemigos, a rezar por ellos y hacerles el bien, como dice expresamente el Padrenuestro. Después de mi liberación, he tenido muchas ocasiones de poner en práctica este mandamiento del Señor.

MADRE BRIEGE MCKENNA

La Madre Briega Mckenna nos dice que un día encontró a un oficial de la Armada norteamericana que había estado 8 años prisionero de los comunistas de Vietnam del Norte. Durante ese tiempo lo torturaron mucho, pero no podía contar las cosas secretas que sabía de la Armada. Una noche, en un momento de desesperación, clamó a Dios diciendo: “Señor, si tú estás realmente vivo, por favor, ¡ayúdame!”. Y en ese momento la pieza se llenó de una luz maravillosa y experimenté que la luz venía hacia mí y penetraba dentro de mí. Mis piernas estaban llastadas por las torturas constantes, pero a medida que la luz atravesaba mis piernas, desaparecía el dolor. En ese momento supe que Dios vivo estaba presente en la celda.

Momentos después, entró el guardia encargado de torturarme y, cuando el guardia tomó mis pies y comenzó a golpearlos con una barra de hierro, lo miré y le dije: “¿Por qué haces esto conmigo?” Fue la primera vez que tuve la fuerza para hablar mientras me estaban torturando. Y cuando el guardia se dio vuelta y miró, comenzó a gritar, porque ahí, ante sus ojos me veía transformado. Salió corriendo de la celda. Poco después fui torturado de nuevo y por segunda vez, cuando me sentía en la profundidad de mi dolor, Dios me habló con estas palabras: “Dime: Corazón de Jesús, yo me entrego a ti”. No me di cuenta de que en ese momento Dios me llamaba a hacer un compromiso con él.

Con el tiempo fui liberado de la cárcel. Hermana, yo ya no podía volver a trabajar para la Armada, me retiré, porque tenía un celo ardiente en mi corazón de trabajar para Jesucristo. Antes yo había hecho un compromiso por una causa, por la de la Armada norteamericana. Y cuando me comprometí con ella, no sabía lo que ésta iba a exigirme, pero tampoco podía excusarme después diciendo: Yo no sabía que esto me iba a suceder. Lo maravilloso fue que Jesucristo vino a mí. ¿Sabe usted, hermana? Yo he aprendido que ser cristiano significa que debemos estar comprometidos totalmente. Y ser cristianos es algo muy exigente, porque debemos estar dispuestos a sacrificar hasta la vida. Debemos estar dispuestos a tomar nuestras cruces y seguir a Jesús; pero la única promesa que tenemos es que Jesús nunca nos abandonará²⁰.

PIETRO ALAGIANI

Era capellán del ejército italiano durante la segunda guerra mundial y fue hecho prisionero el 19 de diciembre de 1942 en Rusia. Durante los 12 años que siguieron, estuvo en distintas cárceles, sometido a torturantes interrogatorios para, al fin, ser condenado por *pertenecer a una organización contrarrevolucionaria, la Compañía de Jesús, y por tener relaciones con una potencia extranjera: el Vaticano.*

1. JESÚS COMPAÑERO INSEPARABLE

Durante nueve años, tuvo la gracia divina de tener consigo, en una bolsita colgada al cuello, a Jesús Eucaristía. Y, a pesar de los continuos y severos registros, nunca pudieron quitárselo. Él mismo dice:

Durante nueve años, en los traslados por las distintas cárceles y en el aislamiento de la celda, tuve siempre conmigo la inseparable compañía de mi Señor sacramentado. Esto me comunicó una inagotable energía física y moral, y fue la fuente que alimentó mi vida espiritual y mi mayor felicidad. Y no podía ser de otro modo, porque llevaba conmigo el pan angélico y el fuego celestial. ¡Todo lo poseía, poseyendo a Jesús sacramentado!

Tengo que decir que, al principio, figurándome que volvería pronto a la patria, consumí muchas de las ciento veinte partículas consagradas, pero luego, viendo que aquello iba para largo, comulgué sólo los domingos y en las fiestas principales y, por fin, después de la condena, dividí el resto de manera que,

²⁰ Brieger Mckenna, Una historia de amor, p. 36.

*comulgando cada primer viernes de mes, me alcanzaran hasta el primer viernes de febrero de 1957*²¹.

*Tuve la fortuna de vivir, sufrir, de comer y trabajar, de dormir y rezar, siempre en compañía de Jesús sacramentado, de día y de noche, ininterrumpidamente. ¡Cada momento y en cualquier lugar podía dirigir mis ardientes palabras de amor y de comunión espiritual a Jesús presente! Cada noche podía cantar el “Tantum ergo” y recibir la bendición de Jesús sacramentado, rescatado con riesgo de la vida a los intentos sacrílegos de los bolcheviques*²².

*A pesar de las continuas dolencias, del hambre terrible, del frío extremo en invierno, nada lograba disminuir la íntima alegría que experimentaba, al pensar que estaba en compañía de Jesús sacramentado. Su presencia protectora me dio fuerzas para resistir las más groseras humillaciones, que me hicieron como al ser más abyecto de la tierra, y a las angustias padecidas, cuando con satánicas mentiras me hicieron creer que había sido expulsado de mi queridísima Compañía de Jesús*²³.

*A pesar de los siete años de aislamiento absoluto en una celda, en la tremenda situación de sepultado vivo, sin poder hablar nunca con nadie, sin ver a nadie más que a los carceleros..., Jesús transformó este período en el más hermoso de mi vida, hasta el punto de no sólo poder llamar a aquella celdita mi paraíso terrestre, sino de gozar realmente las delicias de una antesala del paraíso celestial*²⁴.

2. LA EUCARISTÍA

*Dios me hizo casi sensible la compañía de mi querido Jesús. Me puse a tratar con Él con una ingenuidad y una intensidad realmente infantiles. Le hablaba en voz alta como a un compañero de celda. Le manifestaba las aprensiones de mi espíritu sobre el porvenir y compartía con Él mis alegrías cotidianas. El pensar en la larguísima y desoladora soledad que me esperaba sin correspondencia escrita, sin noticias, lejos de oprimirme el espíritu, transformó mi celda en una anhelada aventura de paraíso al punto de que ahora no sólo siento un grato recuerdo, sino una profunda nostalgia*²⁵.

²¹ Alagiani Pietro, *Lubianka*, Ed. Apostolado de la prensa, Madrid, 1963, p.111.

²² Ib. p. 323.

²³ Ib. p. 112.

²⁴ Ib. p. 135.

²⁵ Ib. p. 136.

Desde los primeros días de cautiverio, la nostalgia por la santa misa me atormentaba más de lo que podía imaginar. Pero también en esto vino a mi encuentro Jesús, inspirándome una devoción “sui generis”. Recortando lo mejor que pude una gran hostia de papel, cada mañana, después de la meditación, celebraba dos misas, decía todas las oraciones de la misa con todas las ceremonias como si realmente estuviera en el altar. Debo reconocer que aquellas misas “secas” las celebraba con devoción y consuelo como raramente, cuando tenía la suerte de celebrar las verdaderas misas²⁶. A partir del 5 de marzo de 1953 pude celebrar diariamente la misa. Desde aquel día, hasta el gran deseo de libertad se me volvió menos acuciante y menos atormentador; porque, en el fondo, había deseado e invocado la libertad y suspirado por ella, principalmente, por estar privado de celebrar la misa²⁷.

Para el padre Alagiani, la presencia permanente de Jesús a su lado en aquellos nueve difíciles años de torturas, fue la que le dio sentido a su vida. Jesús le ayudaba a soportar todas sus dificultades. Y durante los cinco años que pasó en celdas comunes, aprovechaba las mínimas oportunidades para hablar a aquellos compañeros de infortunio, que estaban hambrientos de Dios, aunque fueran ignorantes. Confesaba a los que podía, recibía en la Iglesia a los que se convertían y, en todo momento, demostraba ser un sacerdote de cuerpo entero. Cuando el último año de prisión, empezó a recibir dinero y paquetes de Italia, se sentía feliz de poder compartir algo de aquellos tesoros con sus hambrientos compañeros. Pero nunca pudo imaginar que le fuera a costar tanto el dejar a su amigo Jesús sacramentado al regreso a la libertad, el 12 de febrero de 1954, en la residencia de los jesuitas de Viena.

3. LIBERACIÓN

Me temblaban las manos, cuando abrí el sagrario. Cogí el copón, lo destapé. Después de desplegar el paño de mi bolsa bendita, cogí las pequeñas partículas consagradas por mí en diciembre de 1945, que se conservaban intactas, y las deposité en el copón. Mientras cerraba el sagrario y me alejaba del altar con la cabeza agachada y con el corazón afligido, yo creía que mi paraíso terrestre, la perenne y continua intimidad con el divino amigo, mi pequeña compañía de Jesús, todo había terminado para mí, al faltarme la ininterrumpida coexistencia con mi Señor sacramentado²⁸.

²⁶ Ib. p. 137.

²⁷ Ib. p. 157.

²⁸ Ib. p. 324.

Pero su vida debía tomar otros rumbos en los planes de Dios. Debía dar testimonio ante el mundo de lo que era el mundo cruel del comunismo. Por eso, el padre Pietro Alagiani escribió el libro de sus Memorias, titulado *Lubianka*, nombre de la famosa cárcel de Moscú, donde estuvo mucho tiempo prisionero; y ha ido por el mundo, hablando de sus experiencias y de su gran amor a Jesús Eucaristía, el tesoro más grande del mundo, el amigo que siempre lo acompañaba para darle fuerzas y alegrías. Él podía testimoniar por experiencia que Jesús está vivo y que realmente está presente en la Eucaristía, donde quiso estar junto a Él durante nueve largos años. Durante seis años, las hostias consagradas permanecieron milagrosamente intactas, como si Jesús le hubiera querido decir: *Yo y tú siempre unidos hasta la muerte*. Ni Jesús se quiso separar de él ni él de Jesús. Sin Jesús Eucaristía, como él mismo dice, se habría vuelto loco; con Jesús todo era distinto y pudo vivir tranquilo y hasta feliz en aquellas difíciles condiciones de vida.

WALTER CISZEK

El sacerdote norteamericano Walter J. Ciszek nos cuenta su odisea en los campos de concentración de Rusia. Entró a Rusia a evangelizar como si fuera un trabajador más, pero la policía secreta lo detectó y lo metieron en la cárcel de Moscú, Lubianka, acusado de ser espía del Vaticano. Nos dice: *Allí permanecí los años que duró la guerra (segunda guerra mundial). Después me condenaron a 15 años de trabajos forzados en Siberia. Junto con varios miles de personas me asignaron a las brigadas que trabajaban en construcción, en medio del frío polar del Ártico o en las minas de carbón y cobre, mal vestido, mal alimentado y alojado en condiciones miserables en barracones de madera, rodeados de un alambre de espinas y una zona prohibida. En esos campos había hombres que morían, especialmente los que caían en la desesperación. Yo confiaba en Dios y jamás me sentí abandonado y sin esperanza y, tanto yo como muchos otros, sobrevivimos. Daba gracias a Dios por sostenerme y velar por mí cada día de esos años de presidio... Durante esos largos años de soledad y sufrimiento, Dios me condujo a una comprensión de la vida y de su amor que solo quienes la han experimentado son capaces de entender. Me despojó de muchos de los consuelos externos, físicos y religiosos, en los que se apoya el hombre y me dejó como única guía un núcleo esencial de verdades aparentemente simples* ²⁹.

Nuestro único consuelo espiritual era la misa. De vez en cuando podíamos yo y mi compañero escaparnos los dos solos al bosque para celebrarla en secreto. No había ornamentos, el tocón de un árbol nos servía de altar y debíamos estar constantemente alerta para evitar que nos descubrieran. De

²⁹ Walter Ciszek, *Caminando por valles oscuros*, Ed. Palabra, Madrid, 2020, pp. 10-11.

alguna manera esta necesidad de ocultarnos para ofrecer la misa solo venía a subrayar las dificultades a las que nos enfrentábamos; la práctica imposibilidad de hacer lo que habíamos ido a hacer por las personas que esperábamos atender nos infundía fuerzas. Después del evangelio pronunciábamos una breve homilía, primero el padre Nestrov y luego yo. Era increíble lo incisivo que podía resultar el mensaje evangélico en aquellas circunstancias. Nuestras almas parecían beber las palabras, saborearlas y sentir su divino poder. Y en el momento de la consagración. Dios se hacía presente en Teplaya Gora de un modo nuevo. En respuesta a nuestras súplicas, estaba allí donde el sacrificio del Calvario jamás se había celebrado antes. En ese sacramento podíamos ofrecer todos nuestros sacrificios junto con el suyo. Podíamos pedirle que bendijera a aquellos por quienes trabajábamos y rezábamos secretamente, por aquellos que quizás rezaban también en secreto, pero no podían rendirle culto abiertamente ³⁰.

a) SUS SUFRIMIENTOS

Pasé cinco años en Lubianka, la mayoría de ellos aislado en medio de ese silencio. De cuando en cuando me trasladaban de celda. A veces, durante unos cuantos días o durante unas semanas, la compartía con alguien. Pero incluso eso respondía a un meticuloso plan de la policía. Los compañeros de celda servían, a sabiendas o no, para descubrir si el otro podía contar algo que no hubiera declarado en el interrogatorio. Se trataba de una trampa y, sin embargo, la necesidad psíquica nacida del aislamiento y del silencio repetido, de hablar constantemente hora tras hora de todo y de cualquier cosa con alguien que compartía tu sufrimiento, era insoportable. También nos sometían a sesiones de interrogatorios imprevistos y poco frecuentes. A veces se llevaban a cabo a diario durante meses, para luego cesar también durante meses, mientras los días, las horas y los minutos de silencio y de solitaria rutina transcurrían interminables. Las sesiones con un solo interrogador podían durar unas pocas horas o bien prolongarse durante 24 y 48 horas o más, con equipos de interrogadores que se iban turnando mientras que el preso no descansaba ni dormía ni comía ³¹.

Cuando estaba solo, organizaba mis días. Después del desayuno celebraba misa de memoria, es decir, recitaba todas las oraciones porque lógicamente no podía celebrar realmente por falta de pan y vino. A mediodía y por la noche rezaba el Ángelus cuando el reloj del Kremlin daba las horas en la Plaza Roja a unas cuantas calles de Lubianka. También a mediodía hacía un examen de conciencia tal y como sugiere san Ignacio en sus Ejercicios espirituales. Por la noche, antes de acostarme, volvía a hacer el examen y preparaba los temas de la meditación de la mañana siguiente. Todas las tardes rezaba tres rosarios. Uno en

³⁰ Ib. pp. 42-43.

³¹ Ib. p. 62.

polaco, otro en latín y otro en ruso, que sustituía al breviario. De vez en cuando entonaba himnos en polaco, latín o inglés, según podía recordar de mi infancia o en los años de mi formación de jesuita o bien cantos litúrgicos.

Estaba constantemente hambriento hasta el punto de que era lo primero que me venía a la cabeza nada más terminarme la sopa o la última gota de agua caliente. El hambre era lacerante y parecía imposible evitar tales pensamientos. Las ansias físicas de más alimento, sencillamente desterraban todos los demás pensamientos durante un rato. Y los calambres del hambre, cuando regresaban, eran tales, que no podía sino pensar que ningún otro dolor o sufrimiento sería capaz de igualar ese tormento. De hecho tu conciencia se veía forzada a plantearse el suicidio como medio de poner fin a esa espantosa agonía. Y según había oído, algunos hombres eligieron esa forma de morir en lugar de una muerte lenta y torturante por inanición. Aun así, por mucho que rezara, jamás recibí una ración de comida ni una taza de agua extras ³².

Un día me envolvió la oscuridad. Quizá fuera fruto del agotamiento, pero me invadió la desesperación. Me angustiaba no ver una salida a la situación. Era consciente de hallarme cada vez más cerca de agotar mi capacidad de posponer la decisión. No veía cómo escapar de aquello. Desesperé en el sentido más estricto de la palabra. Me abandonó todo sentimiento de esperanza. Solo veía mi fragilidad y mi impotencia para decidirme. Por cualquiera de las opciones: la colaboración o la ejecución. El interrogador me decía que debía presentar a su Superior un informe sobre la colaboración que estaba prestando: me habló de la ejecución como una de las posibilidades que se planteaban.

No era la idea de la muerte la que me preocupaba. Lo que dominaba mi mente era la falta de esperanza en todo aquello y mi impotencia para hacerle frente. Sentí pánico y desconcierto. Era algo sumamente real y empecé a temblar. Estaba asustado y avergonzado, era víctima de un sentimiento de culpa y humillación. Tenía miedo de mí mismo. Perdí la esperanza. Me había quedado solo, sin nada y ni siquiera pensé ni recordé lo que había sido mi única guía constante, mi única fuente de consuelo en todos los demás fracasos, mi último recurso: dejé de ver a Dios. Al darme cuenta, aterrado y tembloroso acudí inmediatamente a la oración. Sabía que debía correr en busca de Dios al que había olvidado. Tenía que pedirle que ese momento de desesperación no me hiciera indigno de su ayuda. Tenía que pedirle no volver nunca a dejar de recordarle y de confiar en Él. Alegué mi impotencia para enfrentarme al futuro sin él. Le dije que mis capacidades se habían agotado y que él era mi única esperanza.

³² Ib. pp. 66-67.

De repente hallé consuelo recordando la agonía del Señor en Getsemaní. También él experimentó el miedo y la fragilidad de su naturaleza humana frente al sufrimiento y la muerte. Entonces vi perfectamente claro lo que debía hacer. Solo puedo describirlo como una experiencia de conversión Y solo puedo decir con total sinceridad que en adelante mi vida se transformó. Si mi momento de desesperación había sido de absoluta oscuridad, aquella fue una experiencia de luz cegadora. Supe inmediatamente que podía hacerlo. Supe que debía abandonarme plenamente a la voluntad del Padre y vivir en adelante en ese espíritu de abandono en Dios. Y lo hice. Solo puedo describir la experiencia como una sensación de dejarse llevar, de renunciar a todo esfuerzo o incluso a mi deseo de tomar las riendas de mi propia vida ³³.

Como toda gracia, fue un don gratuito de Dios. El que lo recibiera cuando había llegado al borde de mis propias fuerzas forma parte sencillamente del gran misterio de la salvación. Tampoco puedo explicar cómo esa sola experiencia ejerció en adelante un efecto tan inmediato y prolongado en mi alma y en mi modo habitual de proceder. Fue una elección deliberada por mi parte. Sé que fue una elección que no podría haber hecho nunca sin la inspiración de la gracia de Dios. Elegí consciente y voluntariamente abandonarme en la voluntad de Dios, despojarme totalmente de mis últimas reservas. Sabía que estaba cruzando un límite que hasta entonces dudaba y temía cruzar, pero una vez que elegí cruzarlo el resultado no fue una sensación de temor, sino de liberación, una sensación, no de peligro o de desesperación, sino una oleada de confianza y felicidad renovadas³⁴.

Cuando me destinaron a trabajos forzados a Siberia me embarcaron en un tren de prisioneros en el que abandoné Moscú y me encerraron en un compartimiento junto con 20 ladrones y criminales. Yo era el único preso político. En cuanto los guardias me metieron a empujones, me hallé totalmente a su merced. Se quedaron con mi ropa de repuesto que canjearon con los guardias por comida solo para ellos. Me retaron abiertamente a que hiciera o dijera algo al respecto. Cuando sin decir palabra me quedé mirando al jefe, este me insultó, me dijo que no le gustaba cómo le miraba y amenazó con ordenar a sus compinches que me doblegaran a base de golpes. Fue un duro regreso al mundo real. Sentía miedo físico, ira interior y cierta confusión. Esas eran las personas que encarnaban para mí la voluntad de Dios en ese momento.

Durante los largos años que conviví con esta clase de hombres en los campos de prisioneros, fui descubriendo gradualmente que esas primeras impresiones no eran del todo acertadas. Poco a poco, comprendí que, bajo su

³³ Ib. pp. 92-94.

³⁴ Ib. pp. 97-98.

violenta apariencia externa y su torcido código moral, esos criminales también eran hombres: hombres movidos por el miedo, quizá incluso más que el resto, pero hombres al fin y al cabo. Como todos, alguna vez tuvieron esperanzas; como a todos, aún les perseguían los recuerdos: los de sus familias, los de sus seres queridos, los buenos tiempos perdidos, las ocasiones desperdiciadas. En cierto modo, eran hombres que se habían unido en un mundo propio llevados del mismo y básico deseo de amistad y camaradería (incluso en el crimen) que sentimos todos; llevados de la misma necesidad de un sentido de pertenencia y de seguridad; de la misma necesidad de compartir un objetivo común y un conjunto de valores, aunque aquello muchas veces significara vengarse de la sociedad. Comprender todo esto en años sucesivos nunca me llevó a aceptar o a justificar sus actos, pero sí a compadecerlos como seres humanos, aunque al mismo tiempo me asustara lo que eran y lo que pudiesen hacer. Pero en ese momento, dentro de aquel vagón de prisioneros, lo único que sentía era miedo; lo único que podía percibir era el lado más oscuro de aquellos hombres, y me quedé sentado pensando con aprensión en mi futura vida entre ellos.

Tomé la decisión de aceptar cada día como venido de las manos de Dios y ofrecérselo. En lugar de limitarme a sobrevivir pasivamente, como los hijos de este mundo, con su ayuda y su gracia participaría activamente... y sobreviviría. Jamás dudé de que lo haría, porque no temía no sobrevivir. La muerte solo sería una llamada para volver al Dios al que servía cada día. Mi vida consistía en hacer la voluntad de Dios, como el Señor nos enseñó a decir con sencillez en su oración: “En la tierra como en el cielo”. Su voluntad decidiría cuánto tiempo pasaría en la tierra.

Estos pensamientos y esta oración me hicieron recobrar la paz: una vez más, esa paz que conlleva el pleno abandono a la voluntad de Dios. Solo que esta vez no me hallaba dentro de los tranquilos límites de una celda solitaria de Lubianka, sino en un rincón de un vagón de prisioneros traqueteante, tosco y obscuro. Aunque las circunstancias no habían mejorado, recuperé mi disposición a aceptar la voluntad de Dios. Y, junto con ella, la paz y una confianza renovada: no en mi propia capacidad de supervivencia, sino una fe y una confianza absolutas en el poder de Dios para sostenerme y darme toda la fortaleza precisa con que enfrentarme a los retos que Él me enviase en cada ocasión.

b) TRABAJOS FORZADOS

Mi segundo día en el campo de trabajo fue una de esas ocasiones. Ya el primero había sido bastante malo. Me enviaron a la bodega de un barco a

palear carbón. El ritmo era endiablado. En los largos meses de invierno, mientras el agua estaba helada, el carbón se almacenaba en el puerto ártico de Dudinka, a orillas del río Yeniséi. Todos los años, durante la corta temporada en que el hielo se derrite y el río se hace navegable, había que cargarlo en los barcos, que lo transportaban a otro lugar. Allí llevaban a los presos de los campos de Dudinka a trabajar sin descanso entre doce y quince horas diarias, hasta que se extinguía la luz de los largos días del verano ártico. Era un trabajo brutal para empezar y yo llevaba más de cinco años inactivo. Físicamente, no estaba en condiciones de trabajar. Aun así, me bajaron a la bodega, me dieron una pala y me dijeron que fuera nivelando la cascada de carbón que descendía por una cinta transportadora, de manera que se pudiera cargar uniformemente.

Trabajé hasta caer prácticamente desplomado —cosa que, dadas mis condiciones físicas, ocurrió muy pronto—, pero tuve que continuar paleando por temor a perder la vida. No había forma de detener la cinta y, si dejaba de mover la pala, el carbón que caía en medio de un estruendo me habría sepultado. De modo que debía mantenerme en movimiento, tropezando y resbalando sobre los inestables montones de carbón mientras la bodega se iba llenando, y manejando la pala lo mejor que podía hasta que los brazos y el pecho se me entumecieron y no sentía nada mientras seguía moviéndome mecánicamente. Aquella noche, cuando me derrumbé en la litera de madera del campo de prisioneros, cada músculo y cada tendón de mis brazos y mis piernas, de mi pecho y mi espalda, estaban completamente agarrotados.

A las cinco de la mañana siguiente, cuando sonó la señal de levantarse, tenía todos los músculos del cuerpo tan rígidos como el hierro forjado. Hasta ponerse en pie suponía una agonía. El más leve movimiento me sacaba un grito de dolor. Pasar las piernas por el borde de la litera fue una tortura y me resultaba prácticamente imposible mantenerme en pie. ¿Cómo iba a bajar a la bodega a palear carbón yo solo durante otras quince horas seguidas? Era imposible. Físicamente imposible. Pero lo hice.

Ese fue mi estreno en los campos de trabajo de Siberia. No hubo período de aclimatación. Después de casi cinco años de constante inactividad en la cárcel, llegamos al campo una tarde y a la mañana siguiente iniciamos una jornada de trabajo completa. A partir de entonces, a menos que la enfermedad nos lo impidiera o que algún otro milagro viniera a salvarnos, trabajamos sin apenas un día de descanso. Para eso precisamente nos habían llevado a los campos del extremo norte. A lo largo del trayecto desde Moscú, a los enfermos y a los débiles los habían descartado en los campamentos de tránsito. Detrás de aquellos exámenes médicos no había motivos humanitarios, sino una mera política expeditiva. El gobierno había decretado la industrialización de Siberia; trabajar en aquella región congelada era una pesadilla; a pesar de las buenas

promesas del gobierno y de las elevadas primas, los voluntarios escaseaban; se necesitaba mano de obra y los presos se la facilitaban. De ahí que no mereciera la pena trasladar ni alimentar a un prisionero a menos que pudiese trabajar. Si se trataba únicamente de detener a alguien, había innumerables cárceles donde encerrar a los que estaban enfermos, débiles o exhaustos. Si te enviaban a las heladas estepas siberianas, era porque podías trabajar. Y trabajabas.

Las condiciones de vida en los campos eran insoportables. Los barracones protegían de los vientos penetrantes tan solo lo necesario para hacer posible la supervivencia: nada más. Las raciones de comida apenas eran suficientes para mantenerse con vida y proporcionar la energía indispensable para trabajar. Había una “ración garantizada” suficiente para sobrevivir; pero, como incentivo añadido, a quienes superaban su cuota diaria de trabajo se les entregaban cupones sencillos, dobles o triples de raciones extra de comida. Ese plan de incentivos, de manera o no deliberada, podía volverse físicamente en contra de uno ³⁵.

En todos los años que estuve en los campos de Siberia, salvo escasas excepciones, siempre se me asignaron los peores trabajos y las brigadas más duras. Eso era lo que merecían los cargos que me habían valido la condena. Por otra parte los campos brindaban la oportunidad de ejercer de algún modo mi sacerdocio y la aproveché. Los funcionarios estaban al corriente de dichas actividades gracias a los confidentes y continuaba atendiendo a mis compañeros presos. Me castigaban, enviándome a las brigadas más duras, al trabajo más sucio, a pesadas tareas extra, que me dejaban prácticamente extenuado y con poco tiempo y energía para ejercer el sacerdocio. Ningún esfuerzo por parte de mis amigos o seguidores influyentes logró que me trasladaran a brigadas mejores, excepto en raras ocasiones y por poco tiempo. A lo largo de los años que pasé allí, mi destino fue formar parte de las peores brigadas, excavando cimientos con las manos, abriendo zanjas en la tierra helada con un pico y una pala para las largas conducciones de alcantarillado, descargando a peso y por la fuerza bruta pesados materiales de construcción o arrastrándome por los húmedos y oscuros agujeros de las minas, donde un mal paso o un accidente siempre significaba la muerte ³⁶.

c) APOSTOLADO

A pesar de todas las penalidades y sufrimientos que padecí, estos me aportaron un inmenso consuelo: volví a ejercer mi sacerdocio. Podía celebrar misa —en secreto—, confesar, bautizar, confortar a los enfermos y asistir a los

³⁵ Ib. pp. 107-113.

³⁶ Ib. pp. 125-126.

moribundos. Podía hablar a los demás de Dios e instruirlos en la fe, fortalecer a aquellos cuya fe era débil, ayudar y proporcionar luces a quienes eran creyentes solo de nombre y querían ser algo más; a quienes, como el hombre del Evangelio, habrían podido decir: “¡Creo, Señor, pero ayuda mi incredulidad!”.

Está claro que no podía hacerlo abiertamente. Las autoridades del campo no se limitaban a desaprobado la actividad sacerdotal. Naturalmente, se oponían oficialmente a la religión y contaban con el poder de la ley y de la Constitución soviética que prohibían el proselitismo; pero su oposición no se reducía a eso. Sabían que los sacerdotes ejercían una influencia en la gente, cosa que, a ojos de los responsables de los campos, los hacía especialmente peligrosos, fuera lo que fuera de qué hablasen con sus compañeros. De ahí que los agentes de seguridad del NKVD mantuvieran con ellos entrevistas periódicas, de las cuales yo tuve mi ración ³⁷.

Mi falta de colaboración en aquellas entrevistas merecía toda clase de castigos. Me cambiaban de brigada, a menudo me racionaban la comida, me enviaban a los barracones más miserables y me negaban todo privilegio; incluso los que me había ganado. Y si el jefe de brigada o de barracón incluía mi nombre por una u otra razón en la lista de privilegiados, algún funcionario superior se apresuraba a intervenir para impedir que los recibiera. Y mientras tanto las amenazas y las entrevistas no cesaban ³⁸.

Sin embargo, en cuanto aparecía en el recinto solo o acompañado de otro sacerdote, los presos que andaban por allí se te acercaban. En el momento en que una brigada, un barracón o un campo nuevos se enteraban de que alguien era sacerdote, lo buscaban. No tenías necesidad de hacer amigos: acudían a ti. Era obra de la gracia de Dios y de lo poco que estaba en tu mano hacer. La gente se te acercaba, porque eras sacerdote, no por lo que fueras personalmente. Tampoco acudían siempre a ti con la esperanza de recibir consuelo o guía espiritual o la respuesta a un problema, acudían a ti esperando recibir la absolución de sus pecados. Aquella constatación era motivo de alegría y de humildad. Comprendías que acudían a ti como hombre de Dios, como representante de Dios, alguien ordenado para servir a los demás en las cosas de Dios. Esto también te imponía un deber de servicio y de asistencia sin reparar en los inconvenientes por muchos riesgos que corrieras ante las amenazas oficiales ³⁹.

Y yo, por encima de todo, le daba gracias a Dios por haberme elegido para el sacerdocio y por la alegría de poder ejercerlo de nuevo. En todos los campos

³⁷ Ib. p. 131.

³⁸ Ib. p. 133.

³⁹ Ib. pp. 134-135.

había unos cuantos sacerdotes, lo cual también para mí era una fuente de consuelo. No todos eran perfectos, de hecho entre los sacerdotes también hubo confidentes. Lo sabíamos, porque a veces los presos de confianza que trabajaban en las oficinas nos contaban los encuentros que ellos mismos habían presenciado. En ocasiones los propios sacerdotes admitían las presiones que habían recibido para colaborar y nos pedían perdón. Por extraño que pueda parecer, nunca excluíamos de nuestra compañía a estos confidentes, ni a los sospechosos de serlo. Participaban en nuestras misas. Les oíamos en confesión y ellos nos oían a nosotros: tal era la solidez de nuestra confianza en el sigilo sacramental ⁴⁰.

Lo mismo puede decirse de los pocos sacerdotes y monjes ortodoxos que conocí en los campos de prisioneros. La mayor parte no eran muy activos, pero daban la impresión de ser hombres verdaderamente santos, aunque se mantenían al margen de controversias y de toda actividad religiosa pública.

Los católicos de ascendencia polaca, ucraniana, lituana y letona eran el principal objetivo de nuestro apostolado y el núcleo de cualquier “feligresía” de los campos. Se agarraban férreamente a la fe y les llenaba de alegría tener un sacerdote entre ellos y poder volver a recibir los sacramentos. Guardaban por tradición un profundo respeto a los sacerdotes y ponían todo su empeño en cuidar de nosotros y protegernos y en hacer posible y eficaz nuestro apostolado. Compartían con nosotros la escasa comida extra de que disponían. Se quedaban a vigilar cuando celebrábamos misa para advertirnos de la cercanía de los guardias o de la presencia de confidentes. Y nos traían a otros prisioneros. Naturalmente, no todos eran cristianos ejemplares, pero creían. Quizá no siempre fueran capaces de explicar las verdades de fe para satisfacer la curiosidad de quienes habían crecido dentro del sistema soviético oyendo explicar o ridiculizar la religión en las escuelas, pero testimoniaban con su fe que esta proporcionaba otra dimensión de la vida; que un hombre podía creer en algo más que el mundo material; y que esa fe daba un sentido y un objetivo a una vida vivida en circunstancias que, de otra manera, solo serían motivo de desesperación ⁴¹.

d) LA MISA

La misa era el cielo de nuestra existencia. A veces pienso que quienes no se han visto privados nunca de la posibilidad de celebrar u oír misa no aprecian realmente el tesoro que representa. En cualquier caso, sí sé lo que llegó a representar para mí y para los demás sacerdotes que conocí en la Unión

⁴⁰ Ib. pp. 136-137.

⁴¹ Ib. p. 139.

Soviética; sé los sacrificios que hacíamos y los riesgos que corríamos para tener la oportunidad de celebrarla o asistir a ella. En los campos, donde padecíamos un hambre constante, donde la comida que conseguíamos cada día apenas era suficiente para subsistir, vi cómo los sacerdotes renunciaban al desayuno y trabajaban a destajo hasta el mediodía con el estómago vacío para no romper el ayuno eucarístico, pues el descanso de mediodía de que disfrutábamos en el mismo lugar donde trabajábamos era el momento en que más fácil nos resultaba reunirnos para la misa clandestina. Yo también lo hacía. Y en ocasiones, cuando los guardias nos vigilaban más estrechamente y no podíamos arriesgarnos a celebrarla allí mismo, las cortezas de pan que me había guardado en el desayuno se quedaban intactas en el bolsillo hasta que, de vuelta en el campo, podía celebrar misa por la noche. Durante el verano ártico, cuando los días se alargaban más y las horas de sueño eran escasísimas, vi a sacerdotes y prisioneros privar a sus cuerpos del sueño necesario para levantarse antes de que sonara la alarma y celebrar una misa clandestina en medio del silencio de los barracones, mientras todos los demás se aferraban a unos momentos más de un descanso precioso. En cierto sentido, con nuestras misas llevábamos una vida de catacumbas. Éramos severamente castigados si nos descubrían celebrándola y siempre había confidentes. Pero la misa nos mereció siempre ese riesgo y ese sacrificio; la valorábamos como un tesoro, la esperábamos con ansia; habríamos hecho casi cualquier cosa con tal de celebrarla o asistir a ella.

Recuerdo la emoción de mi primera misa después de mi ordenación. Sentía la alegría de pensar que había sido elegido entre los hombres para las cosas de Dios y que por fin podría cumplir el mandato dado por Cristo a sus discípulos en la Última Cena: “Haced esto en memoria mía”. Desde mi ordenación, durante aquellos tranquilos años y en medio de la confusión y las convulsiones que siguieron a la invasión de Polonia por parte de los soviéticos, no hubo un solo día que no empezara con el sacrificio de la misa.

Hasta que el padre Víctor y yo iniciamos el largo viaje en tren desde Lvov hasta las serrerías de los Urales, no se hicieron realidad nuestras vagas fantasías del pasado en torno a la imposibilidad de celebrar misa. Solo entonces experimenté por primera vez la auténtica carencia de no poder empezar el día celebrando la Eucaristía. Llevábamos con nosotros pan y vino, y un pequeño juego compuesto de cáliz y misal. Pero en aquel vagón repleto de trabajadores nadie sabía que éramos sacerdotes y la situación de hacinamiento complicaba mucho las cosas. Hacíamos lo que podíamos. En cuanto se presentaba la ocasión, sobre todo durante las paradas en que bajábamos del vagón para estirar las piernas y buscar comida extra, aprovechábamos para celebrar juntos la Eucaristía. Cuando llegamos a las serrerías y nos enfrentamos a la vida de los barracones dentro de los recintos básicos y rudimentarios de los campos, la cosa siguió siendo difícil. Nos daba miedo arriesgarnos a que nos descubrieran; no

sabíamos cómo aceptarían el hecho de que fuéramos sacerdotes y, por lo menos al principio, solo celebrábamos cuando estábamos los dos solos. Esperar a la tarde para poder retirarnos a un rincón tranquilo de los barracones significaba ayunar todo el día sin dejar de trabajar en las brigadas madereras. Por las mañanas, los preparativos para salir a trabajar convertían los barracones en un hervidero y era difícil hallar un momento de recogimiento para celebrar misa como deseábamos. Por eso no conseguíamos decir la todos los días, pero guardábamos una reserva de hostias consagradas para al menos poder comulgar a diario.

En los campos de los Urales el peligro y la dificultad de celebrar misa se convirtieron en una realidad. Entonces empezamos a hacer lo que probablemente hubiéramos debido hacer antes: prepararnos para decir misa de memoria. Temíamos perder nuestro juego de cáliz y misal, pero estábamos decididos a intentarlo mientras dispusiéramos de pan y vino. Tarde tras tarde, mientras los demás charlaban, leían o jugaban a las cartas, nosotros repetíamos las oraciones de la misa hasta que nos las supimos de memoria. ¡Cuántas veces, a lo largo de los años siguientes, di gracias a Dios por ese interludio en las serrerías de los Urales y por el tiempo de entrenamiento y de gracia que se me concedió para preparar los años que vendrían después!

Al cabo de unos meses, cuando el padre Víctor y yo nos hicimos un poco a la vida de los barracones, pudimos encontrar cada vez más ocasiones de celebrar misa. Salíamos a caminar juntos por el bosque, por ejemplo, y celebrábamos sobre el tocón de un árbol. Yo no podía evitar pensar en cuánto se parecían a veces los bosques a una catedral: las altísimas hileras de árboles que formaban una arcada por encima de nosotros, el silencio susurrante, la belleza de la naturaleza que nos rodeaba, la callada blancura de la nieve en invierno. Hasta el tiempo parecía detenerse cuando ofrecíamos el sacrificio eterno del Calvario por las numerosas intenciones que llenaban nuestros pensamientos y nuestros corazones, entre las que no ocupaban un puesto menor los miles de necesitados de la Iglesia silenciosa, en aquella tierra en otro tiempo cristiana, para los que habíamos ido a ejercer en secreto nuestra labor de sacerdotes. Nunca olvidaré, en mi vida de sacerdocio, esas misas en los bosques de los Urales.

Otras veces el P. Víctor y yo decíamos misa sentados en el borde de la cama, uno enfrente del otro. Mientras pronunciábamos las oraciones, fingíamos estar leyendo o hablando en voz baja. En los barracones no podíamos utilizar el cáliz, de modo que este se convertía en un vaso corriente de agua y nuestra hostia, en un trozo de pan con levadura. Si la gente dejaba de hablar, procurábamos interrumpir nuestra conversación lo más tranquila y rápidamente posible para recuperar nuestro recogimiento y poder continuar con nuestra

Eucaristía clandestina. Yo trabajaba fuera en las brigadas madereras, pero el P. Victor era contable en las oficinas de la compañía, y llevaba siempre al Santísimo envuelto en un purificador y guardado en su cartera dentro del bolsillo del abrigo. De esa forma, si nos era imposible celebrar misa, al menos recibíamos la comunión a diario. Más tarde, nos hicimos amigos de la limpiadora encargada de los barracones y a veces dejábamos al Santísimo cuidadosamente escondido dentro de un lío de ropa en su pequeña oficina o en su sala de estar privada. Nos enteramos de que era católica y nos ayudaba de muchas maneras. Para ella suponía una inmensa alegría tener al Santísimo en su cuarto y saber que el Señor al que rendía culto habitaba bajo su techo.

Sé que resulta imposible explicar todo esto a quienes no creen. Me temo que incluso para muchos cristianos la idea del Santísimo Sacramento como pan de vida no es, en cierto modo, más que una frase poética o simbólica utilizada por Jesús en el evangelio. Sin embargo, ¡qué fuente de alimento fue para nosotros entonces! ¡Qué importante era disponer del Cuerpo y la Sangre de Cristo como alimento de nuestra vida interior en el sacramento del amor y la alegría! La experiencia era muy real: podías sentir sus efectos en la mente y en el corazón, en tu vida diaria. Para nosotros era una necesidad alimentar la vida del alma: tan necesario como el pan de cada día para sostener el cuerpo. En el exilio de los Urales había mucha gente privada de él que parecía indiferente. No me cabe duda de que Dios cuidaba a su modo de aquellas personas espiritualmente hambrientas, igual que cuidaba de nosotros de una manera especial. ¿Quién es capaz de entender del todo los caminos del Señor? No obstante, ese pan de vida, esa Eucaristía, era para nosotros una auténtica fuente de comunión con Él y con quienes deseábamos acercarnos a Él.

Los cinco largos años de Lubianka me hicieron darme cuenta de ello con más contundencia que nunca. Carecía de ese alimento espiritual y de la realidad de esa comunión. Acudía a Dios en la oración, recitaba frecuentes comuniones espirituales a lo largo del día, pero estaba literalmente hambriento de poder recibirle. Todos los días decía de memoria las oraciones de la misa y a veces creo que eso solo servía para intensificar mi sensación de carencia. En aquellos días de tormento y tensión, de oscuridad y humillación, sabía que necesitaba desesperadamente de la fuente de fortaleza que el pan de vida habría sido capaz de proporcionarme... y no disponía de ella. Oraba a Dios, hablaba con Él y le pedía fuerza y ayuda; sabía que estaba a mi lado. Contaba con todo eso, pero no podía tenerlo en mis manos, no podía tener su presencia sacramental. Y para mí la diferencia era muy real. Era un hambre del alma tan real como el hambre física que me atenazó permanentemente durante aquellos años. Años después, muchas veces me he preguntado si habría fallado estrepitosamente, de haber contado de alguna manera con el pan de vida.

Cuando llegué a los campos de Siberia, para mí fue una inmensa alegría saber que podía volver a celebrar misa a diario. En todos los campos los sacerdotes y los presos hacían cuanto estaba en su mano y se arriesgaban sin vacilar con tal de contar con el consuelo del sacramento. Para los que no podían asistir a misa, todos los días consagrábamos hostias y nos las arreglábamos para distribuir la comunión entre quienes lo deseaban. En los barracones la falta de intimidad y la presencia de los confidentes incrementaban el riesgo de que nos descubrieran. Por eso normalmente celebrábamos nuestra misa diaria en el mismo lugar de trabajo durante el descanso de mediodía. Pese al esfuerzo añadido que suponía, todo el mundo observaba estrictamente el ayuno eucarístico desde la noche anterior, prescindiendo de la oportunidad de desayunar y trabajando toda la mañana con el estómago vacío. Pero nadie se quejaba. En pequeños grupos, los presos arrastraban los pies hasta el lugar convenido, donde el sacerdote decía misa con su ropa de trabajo, sucio y desaliñado, envuelto en ropa para protegerse del frío. Celebrábamos misa en casetas de almacenamiento expuestas al viento, o apiñados entre el barro y la nieve semiderretida en un rincón de los cimientos de un túnel subterráneo. La intensa devoción de sacerdotes y prisioneros suplía todo lo demás: no había altar, ni velas, ni campana, ni flores, ni música, ni néveos lienzos blancos, ni vitrales, ni siquiera el mínimo calor que la parroquia más sencilla puede proporcionar. Pero incluso en esas condiciones rudimentarias la misa te acercaba a Dios más de lo que nadie sería capaz de imaginar. La constatación de lo que estaba ocurriendo sobre el tablón, la caja o la piedra utilizados como altar penetraba hasta lo más hondo del alma. Las distracciones originadas por el miedo a ser descubiertos que acompañaban cada celebración en esas condiciones no disipaba en absoluto el efecto que ejercían en el alma ese minúsculo trozo de pan y esas pocas gotas de vino consagrado.

Muchas veces, mientras doblaba el pañuelo sobre el que había descansado el Cuerpo del Señor y secaba el vaso o la tacita usados como cáliz, el sentimiento de haber llevado a cabo algo de inmenso valor para la gente de ese país sin Dios era abrumador. El simple hecho de haber celebrado misa allí, en ese lugar, convertía mi viaje a la Unión Soviética y todos los sufrimientos que padecía en algo necesario y que merecía la pena. Ninguna inspiración podía hacer más profunda mi fe ni proporcionarme coraje espiritual en mayor abundancia que el privilegio de celebrar misa para los miembros más desgraciados y necesitados del rebaño de Cristo Buen Pastor. A veces, por un momento me embargaba la emoción al pensar cómo Dios había encontrado un modo de seguir y alimentar a aquellas ovejas perdidas y descarriadas en medio de la tierra más inhóspita. Por eso nunca dejaba pasar un solo día sin celebrar misa: era mi principal preocupación. Hacía todo lo posible, sufría cualquier inconveniente, corría cualquier riesgo para facilitar a aquellos hombres el pan de vida.

Aunque el pan y el vino para la misa nos lo pasaba a escondidas la gente de las ciudades árticas vecinas, lo normal era que hiciera el viaje desde Ucrania. En las tiendas de Siberia era prácticamente imposible comprar vino de misa, porque todos los disponibles contenían impurezas. Pero los que habían sobrevivido a los campos y habían vuelto a Ucrania solían enviar un pequeño barril de vino de unos cinco litros a sus amigos de las ciudades cercanas a los campos. Estos, ayudados por algún camionero afín que salía y entraba de las zonas de trabajo de la prisión valladas y sometidas a vigilancia para entregar material de construcción, se las arreglaban para pasarlo y hacerlo llegar a algún sacerdote preso. De hecho, en los campos existía un tráfico regular de artículos de contrabando. La gente libre de las ciudades de alrededor, compadecida de los presos, pasaba de esa forma vodka y alimentos, de modo que no era solo vino de misa lo que solíamos recibir. Por las noches el cambio de turno facilitaba ocultar las cosas, porque los guardias no eran por lo general tan estrictos como los de día: por la noche solo trabajaban los equipos de mantenimiento formados por presos esqueléticos, de modo que los guardias eran menos y la seguridad, mucho más relajada.

Los sacerdotes de Ucrania, Polonia o Lituania que aún no habían sido arrestados o que habían recuperado la libertad y regresado a casa consideraban una obligación cuidar de los compañeros que cumplían condena en los campos. Además, las monjas hacían maravillas para ayudar a los sacerdotes presos. Las reglas del campo establecían el derecho de los prisioneros a escribir a su familia más inmediata dos veces al año. De tarde en tarde también se podían recibir paquetes, si es que el jefe de seguridad concedía permiso al preso: normalmente el límite estaba en dos paquetes por año. Por eso, los sacerdotes presos informaban a sus parientes de dónde estaban y, entre líneas, les pedían que dieran noticias suyas y de los demás a los sacerdotes de sus países. Sin embargo, los sacerdotes ucranianos y los de los países ocupados estaban sometidos a una estrecha vigilancia, por lo que solían ser las monjas las que atendían las necesidades de los deportados, exiliados o encarcelados. Muchas se las habían ingeniado para conseguir trabajo en los hospitales locales después de que cerraran sus conventos, y eran ellas las que proveían a los sacerdotes de los campos del pan y el vino para la misa y de los misales. Las hojas de los libros se mezclaban con los periódicos y se usaban como envoltorios de los paquetes. Con otras se envolvía el pan para la misa. Los guardias prestaban poca atención a aquellos «trozos de papel», pero era normal que algunas páginas se perdieran o se tiraran a la papelera. Por eso, los presos que trabajaban de ordenanzas en las oficinas estaban avisados y salvaban las hojas desechadas antes de que las quemaran. A cambio de la promesa de una parte del contenido del paquete, los hambrientos prisioneros, fuesen cristianos o no, siempre estaban dispuestos a hacer ese favor y burlar a las autoridades del campo.

Aunque el problema del vino era un poco distinto, ya he dicho que las monjas lo enviaban a determinadas personas de las ciudades vecinas. Así, por diversos medios y a través de distintas personas, lo metíamos en el campo en pequeñas cantidades. Aun a riesgo de ser descubiertos y castigados, los fieles colaboraban gustosamente para ayudarnos a guardar una provisión de pan y vino en distintos puntos del campo, de modo que cada sacerdote recibiera lo necesario para celebrar misa a diario. Si le hacía falta algo, solo tenía que pedirlo y se lo hacían llegar en cuanto les era posible. Así que, pese a las condiciones a menudo imposibles de los campos de prisioneros, el sacerdote que manifestaba su deseo de celebrar misa siempre podía hacerlo. Y lo hacía.

Celebrar misa en el barracón era complicado y peligroso, y solo lo hacíamos en contadas ocasiones o cuando existía una necesidad imperiosa. En ese caso, formábamos un corrillo en algún rincón oscuro mientras otros prisioneros amigos nuestros se apostaban en los pasillos para avisarnos si se acercaba algún guardia. A una señal suya, consumíamos de inmediato las especies del pan y el vino consagrados y deshacíamos rápidamente el grupo. Solo me descubrieron en una ocasión. Tres guardias, obviamente guiados por los confidentes, aparecieron de repente en el rincón del barracón donde estaba sentado celebrando misa junto con unos cuantos compañeros y enfilaron hacia nosotros. Nos obligaron a levantarnos y a quedarnos allí de pie mientras llevaban a cabo el registro. Arrojaron al suelo y bajo las literas las partículas de pan consagrado entre toda clase de desperdicios. El vino consagrado, sin embargo, no lo tocaron, porque sobre la banqueta que hacía de altar había otras tazas junto a la que habíamos utilizado como cáliz. Todos los sacerdotes pasaron por aquella triste experiencia en algún otro momento de su estancia en los campos. Era algo angustioso y cada misa se convertía en motivo de ansiedad por miedo a que nos descubrieran y cometiesen sacrilegio.

De ahí que, por lo general, prefiriéramos celebrar misa en el lugar de trabajo, aunque aquello significara pasar en ayunas toda la mañana y renunciar a los escasos momentos de descanso permitido a los presos durante el almuerzo. Ni siquiera entonces podíamos invitar a mucha gente a asistir a misa, ya que un grupo de hombres reunidos a diario en el mismo sitio atraería la atención sobre nuestras actividades. Solíamos elegir una caseta o algún rincón entre unos cimientos alejados de las habituales zonas de trabajo -a veces tardábamos quince minutos o más en llegar a la caseta o al edificio donde íbamos a celebrar- y teníamos que empezar puntualmente para no regresar tarde. Para muchos prisioneros aquello era un problema, de ahí que consagráramos un poco más de pan para distribuir la comunión en cuanto nos fuera posible. A veces solo conseguíamos vernos cuando volvíamos al barracón por la noche, antes de la cena. Esos hombres se pasaban todo el día en ayunas haciendo un trabajo

agotador sin nada que llevarse a la boca desde la noche anterior, solo para poder recibir la Sagrada Eucaristía: tanto significaba para ellos el sacramento en un lugar por lo demás dejado de la mano de Dios.

Los escasos días libres en que se permitía a todos los presos descansar dentro del campo eran los más complicados, pero eran los más adecuados para que asistiera más gente, si es que lográbamos reunirnos con uno u otro pretexto en el patio; y a veces nos arriesgábamos a hacerlo, sobre todo si coincidía con una fiesta o un tiempo de fiesta religioso. Pero, por lo general, esos días celebraba misa a primera hora de la mañana, reclinado en la litera mientras la mayoría de los presos dormía. La noche antes me hacía con el vino en la enfermería o en el cuarto de desinfección, donde los amigos que trabajaban en ellos guardaban oculto el vino para los sacerdotes. Tumbado en la litera, tomaba entre mis manos el pan envuelto en un trozo de tela blanca y pronunciaba de memoria las oraciones. Antes de que sonara la señal de levantarse, había acabado la misa y podía repartir la comunión aprovechando el bullicio y el movimiento general que seguían a la alarma. Nunca dejaba de maravillarme el fervor de aquellos hombres. La mayoría había recibido muy escasa formación religiosa; pocos sabían algo más que las oraciones y las verdades transmitidas por unos padres o unos abuelos devotos. Y, aun así, creían y estaban dispuestos a hacer sacrificios inauditos a cambio del consuelo de asistir a misa o recibir la comunión.

La misa y el Santísimo Sacramento eran para mí una fuente de inmenso consuelo, la fuente de mi fortaleza, de mi alegría y de mi sustento espiritual. Pero, cuando me di cuenta de lo que la Sagrada Eucaristía significaba para ellos, me supe animado, elegido y conducido hasta allí para hacer posible que recibieran el pan de vida tan a menudo como desearan. Ningún peligro, ningún riesgo, ninguna represalia podían impedirme celebrar misa a diario para ellos⁴².

e) RETIROS ESPIRITUALES

Para sobrevivir en aquella situación infernal, a un hombre le hacía falta algo más que comida o alimento intelectual: le hacía falta fortaleza espiritual. Por eso, en cada uno de los campos procuré organizar actividades de retiro. Comencé por los sacerdotes, que acogieron la idea con entusiasmo. Ellos eran, sin duda, los más conscientes de la necesidad de un sólido espíritu de fe, de una honda vida interior. Una necesidad que muchos sentían particularmente, pues se hallaban en el límite del desaliento y, en ocasiones, de la desesperación. En los campos los sacerdotes eran víctimas de un especial acoso; las autoridades los

⁴² Ib. pp. 153-165.

sometían a una vigilancia permanente y estaban siempre bajo sospecha. Los llamaban continuamente a interrogatorio, los confidentes no les quitaban la vista de encima, sufrían constantes amenazas y los trasladaban de barracón en barracón para evitar cualquier posibilidad de que influyeran en los demás presos. Este acoso implacable les impedía llevar a cabo su labor; de ahí que se desanimaran con facilidad.

Aún peores eran las dudas que les asaltaban cuando se hallaban cansados o abatidos. ¿Qué podía hacer en el campo un puñado de sacerdotes?, decían; ¿qué podía hacer cada uno de los sacerdotes diseminados por toda la Unión Soviética para combatir el ateísmo y la propaganda dirigida contra la Iglesia y la religión?

Muchos de nuestros sacerdotes eran personas mayores que se cansaban enseguida. Poco familiarizados con el duro trabajo físico y bajo el permanente acoso de las autoridades, enfermaban con frecuencia y requerían atención médica. Pero hasta los escasos cuidados dispensados en la enfermería del campo se les solían negar por el hecho de ser sacerdotes. Su debilidad y su mala salud no hacían sino intensificar el sentimiento de desánimo y abatimiento y el temor a su futuro y al de la Iglesia. La vida en el campo les privaba de todas las prácticas religiosas externas que habían conocido durante su larga vida sacerdotal. Incluso en la misa nos veíamos obligados a prescindir totalmente de la liturgia prescrita por la Iglesia. Celebrábamos misa sentados, a veces paseando y otras medio tumbados, porque las rúbricas no podían sino atraer la atención sobre lo que estábamos haciendo y lograr que tuviéramos a los guardias inmediatamente encima de nosotros. A muchos de los sacerdotes mayores, aunque quisieran, les resultaba difícil mantener una vida de oración y entrega sin el apoyo de los signos externos a los que llevaban mucho tiempo habituados.

Cuando predicaba los retiros a los sacerdotes, nada más podía hacer que atenderlos de uno en uno. Seguía el método de san Ignacio, que era el que mejor conocía, recordando las meditaciones de memoria y adaptándolas a la situación y las circunstancias del campo. Les exponía los temas a las seis de la mañana, antes de que todos los presos salieran a trabajar. Para hacerlo bien, necesitábamos por lo menos media hora y era complicado, porque en esos momentos reinaba la confusión en el campo. Los presos salían en masa de los barracones y corrían en todas direcciones: la cocina, el almacén, el taller de zapatería, el horno, la bodega y la enfermería. Todos se mostraban nerviosos, ocupados en algo importante, acelerados, intentando ver al médico para librarse del trabajo, buscando comida extra o robar alguna prenda que pudiera protegerlos del frío polar, o velando para evitar que les robaran a ellos. También los guardias corrían enloquecidos de barracón en barracón, vigilando

a los presos y pegando gritos a los que vagaban de un lado a otro para que volvieran a los barracones y se prepararan para el trabajo. En medio de todo aquel nerviosismo, teníamos que encontrar un sitio tranquilo donde estar a solas. Por la tarde, después del trabajo, era más fácil reunirse y pasar una hora o más con el sacerdote que estaba haciendo el retiro.

En esas condiciones, los retiros solían durar tres días, a veces cinco y nunca mucho más de una semana ⁴³.

f) A PUNTO DE MORIR

Cuando en el campo de Norilsk estalló una revuelta de prisioneros, recurrieron al ejército para sofocarla y luego dividieron a los presos en grupos pequeños y se los llevaron. A mí me incluyeron en un grupo de 31, uno de los primeros que sacaron en manada del campo para conducirlo hasta un recinto de arena a un kilómetro de allí. No sabíamos qué medidas disciplinarias tomarían, pero ni por un momento se nos ocurrió pensar que veríamos a los soldados formar frente a nosotros a cinco metros de distancia con los rifles preparados a la espera de recibir la orden. La dieron y levantaron los rifles, otra orden y cargaron las armas y nos apuntaron a la cabeza. Se me revolvió el estómago y quedé como paralizado esperando la descarga. Creo que incluso me olvidé de respirar y se me nubló la mente... Ignoro cuánto tiempo duraron aquellos momentos de espera. De repente sonó un disparo a lo lejos y se oyeron gritos y apareció un grupo de oficiales que detuvo la ejecución. Lo único que sé es que pasado ese instante, el corazón se me salía del pecho, cada uno de mis músculos y mis nervios estaban temblorosos, mis rodillas flaqueaban trémulas y mi mente volvió a ser capaz de seguir la secuencia de los acontecimientos. Cuando nos sacaron de allí, intenté descifrar lo que me había pasado. Durante los años de prisión e interrogatorios y mientras viví en los campos la idea de la muerte me acompañó con mucha frecuencia. En más de una ocasión me dijeron que acabarían conmigo de un tiro y sabía que se trataba de amenazas muy reales. Había visto morir a hombres de inanición o víctimas de la enfermedad o sencillamente, porque ya no deseaban seguir viviendo. En mi mente me enfrenté a la muerte una y otra vez. Ayudé a otros en sus instantes finales. A veces deseé la muerte. ¿A qué vino entonces esos momentos de pánico, que me impidió incluso de rezar? ⁴⁴.

⁴³ Ib. pp. 169-171.

⁴⁴ Ib. pp. 180-181.

g) LA LIBERACIÓN

Después de estar 13 años en Rusia una mañana de primavera, estando en el campo de prisioneros de Kayerkán me comunicaron que en un plazo de diez días sería libre...Como había sido condenado por ser espía del Vaticano, me limitaban mis opciones de vivir y trabajar. No podía residir en una ciudad del régimen como Moscú, Kiev, Vladivostok ni en ninguna ciudad fronteriza por la que pudiera abandonar el país. Solo podía visitar algunos sitios por espacio de tres días con autorización expresa de la policía y del gobierno. Al llegar a una ciudad, lo primero que debía hacer era avisar a la policía de mi estancia, dirección, etc.

Caminé hacia la ciudad de Tayerkán. Había un tren en la estación y me subí a bordo sin que nadie me dijera nada. No lo podía creer. La revisora me cobró el billete. Esperé que me interrogara o me pusiera pegas, pero se limitó a sonreír cortésmente. Tomé aliento y miré por la ventana y estuve a punto de llorar. Era un hombre libre tratado como un hombre libre ⁴⁵.

Al llegar a Norislk fui a buscar al padre Viktor que había sido liberado cuatro meses antes y allí con el permiso de la policía yo trabajaba de mecánico de automóviles algunos días. Los demás días celebraba misa y otros sacramentos para los católicos del lugar en el cuarto del padre Viktor.

Los domingos la gente abarrotaba el cuarto y el pasillo que quedaba al abrir la puerta. Para poder atender a un número cada vez mayor de personas, Victor y otro sacerdote decían cada uno una misa y predicaban una homilía: a cada misa asistían unas sesenta personas o más. Porque, en realidad, ese desvencijado bolok era su “parroquia”. Casi todas las tardes solía acudir gente con algún motivo: confesiones, bautizos, bodas o algún Panikhida, las bellísimas exequias rusas cantadas por los difuntos.

Había tanta gente que, al cabo de un tiempo, todos los domingos cogía el maletín que me daba el P. Viktor con lo necesario para la misa y me marchaba a otra zona de la ciudad —a un campo de prisioneros, para ser exactos— donde celebraba la Eucaristía para otra “parroquia” de polacos en un antiguo barracón reconvertido en vivienda municipal. Antes de la misa confesaba a la gente y luego celebraba bautizos y bodas, que fueron en aumento cuando se enteraron de que estaba disponible todos los domingos. Tal y como me habían ordenado, me presenté ante la policía.

⁴⁵ Ib. pp. 193-194.

Naturalmente, la policía me vigilaba siempre, igual que a mis feligreses. A veces me citaban para interrogarme y me advertían que no «agitara» a la gente. Yo sabía que a algunos de esos feligreses también los interrogaba la policía y que los funcionarios sindicales o los supervisores de sus lugares de trabajo los perseguían para que no practicaran la religión tan abiertamente. En cuanto a mí, la constancia de su fe y el valor que demostraban ante aquella persecución menor me maravillaban y confortaban, y estaba decidido a continuar ayudándoles mientras pudiera. Aunque eso significara un nuevo arresto o que me volvieran a enviar a la cárcel o a los campos, me hallaba dispuesto a correr ese riesgo con tal de ejercer mi sacerdocio al servicio de aquellos valientes cristianos.

Lo cierto es que me asombraba cómo la gente se aferraba a la fe en medio de un país declaradamente ateo. Un ateísmo que se enseñaba y se predicaba en todas partes: en la prensa, en la radio y en la televisión, en las escuelas y en libros y revistas de todo tipo. La Constitución soviética, claro está, garantiza el derecho de cualquier ciudadano a practicar su fe, pero prohíbe toda predicación o enseñanza religiosa formal. De hecho, la ley se ha interpretado de modo que a los niños menores de dieciocho años no se les permite asistir a la iglesia, ni siquiera acompañados de sus padres, y los sacerdotes no pueden impartir formación religiosa a los jóvenes. El mismo artículo de la Constitución que garantiza la libertad para practicar la religión, pero no para predicarla, garantiza también la libertad de la propaganda atea. Y esta garantía la ejercía plenamente el Estado por todos los medios imaginables. Cualquier persona, desde los niños pequeños hasta los ancianos, se hallaba permanentemente expuesta y sometida a la influencia de esa propaganda ⁴⁶.

Por fin en 1963 por intervención del Departamento de Estado del gobierno de Estados Unidos fue canjeado por dos espías rusos y pudo salir del país y ser libre totalmente en su patria de Estados Unidos.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído los testimonios reales de unos cuantos sacerdotes que padecieron lo indecible en las cárceles o gulags comunistas, podemos decir que sus sufrimientos no fueron en vano. En primer lugar, Dios los quiso allí en el infierno de los trabajos forzados y de los grandes padecimientos por el hambre, el frío o el calor o las torturas para que pudieran dar un testimonio de fe e, incluso,

⁴⁶ Ib. pp. 202-203.

